

Transcurrió una semana, y, á pesar de las tentativas conciliadoras hechas por la señora de Pommeret, no se restablecía la cordialidad de relaciones entre Dionisia y Francisco. Adriana no se explicaba la situación. Sabía por experiencia que los arranques coléricos de Montaraz eran violentos, pero que, generalmente, pasaban pronto; la persistencia de este rencor la asombraba tanto más cuanto que no conseguía que su marido ni Dionisia le diesen á conocer las razones de aquel disgusto misterioso. Si se dirigía á Francisco,

éste se encogía de hombros y contestaba mal humorado:

— ¿Acaso lo sé yo?

Acudía á Montaraz; pero á todas las preguntas respondía la caprichosa muchacha de una manera enigmática, frunciendo las cejas y fijando obstinadamente los ojos en el suelo.

— ¿Has regañado con Francisco?

— No.

— ¿Le has dado algún motivo de queja?

— ¿Se queja de algo?

— No; pero algo grave debe haber ocurrido para que le pongas tan mala cara.

— No puedo cambiar mi cara.

— Al menos puedes cambiar los modales y procurar ser más amable. Tus salidas de tono son muy molestas.

— Si molesto, ¡que me echen de aquí!

— ¿Por qué hablas de ese modo?... ¿Quién te ha sugerido la idea de abandonar una casa en la que hacemos todo lo posible para que estés contenta y á gusto?... ¡Eres una ingrata!

— Ya lo sé...

Y no había modo de arrancarle más que respuestas ambiguas y mal sonantes. Vivía encerrada en su cuarto y sólo muy de tarde en tarde empren-

día alguno de sus largos paseos por el bosque. Su repentino aborrecimiento hacia Francisco Pommeret, y su brusco cambio de carácter, tan alegre poco antes y tan taciturno ahora, no habían pasado por alto ante la curiosidad avizora de los criados; las extravagancias de la conducta de Montaraz, ocasionaban muchos comentarios, generalmente poco caritativos, en la cocina.

— Convengamos — observaba Celia — en que la señora no ha tenido suerte con la niña... Menos mal que no nos acompañó á Plombières, porque nos hubiera traído de cabeza y hubiera hecho cien trastadas al día...

— No opino lo mismo — decía Modesta, la cocinera, que no perdonaba á Dionisia el haber intervenido en el manejo de la casa durante la ausencia de Adriana. — Al contrario, la señora habría demostrado que cazaba largo, llevándose á Montaraz... Todo el mundo hubiera salido ganando... No hay idea de lo que me ha hecho sufrir y de las diabluras que ha inventado para engatusar al señor Pommeret... Como ni soy tonta ni tengo los ojos para adorno, he visto cosas que me han sacado de quicio... En fin, ¿lo cuento todo?... ¡Bueno! Pues yo creo que la señorita Dionisia está celosa de la señora; ni más ni menos.

— ¡Ya podía usted guardarse la lengua, vieja serpiente de cascabel! — murmuró Pedro, engullendo la sopa. — ¡Cualquiera sabe de donde sacan las mujeres tantos disparates como hablan!... La señorita Dionisia es una niña tan noblota como mis caballos. Decir lo contrario, es gana de murmurar.

— ¿Gana de murmurar?... Entonces ¿por qué esa niña, que era azúcar y mieles el mes último, está lo mismo que un cardo espinoso desde que volvió la señora?... ¿Por qué ese mismo día hizo un lío de ropa y se largó como quien huye de un incendio? ¡Vaya! ¡Vaya! Buena había de ser, teniendo el pelo rojo... Si yo fuera la señora, no viviría tranquila al lado de una criatura que lleva el diablo en el cuerpo... Y el señor debe pensar lo mismito que yo; no hay más que verle la cara desde hace ocho días...

Efectivamente, no era preciso ser observador muy perspicaz para notar el gesto disgustadísimo de Francisco, cada vez que las necesidades de la vida doméstica lo colocaban en presencia de Adriana y de Dionisia. Expiaba duramente su culpa, viéndose condenado á desempeñar una comedia humillante. Para no despertar sospechas en su mujer, se esforzaba en mostrarse afectuoso

y solícito; y, por otra parte, se daba cuenta del carácter odioso y envilecedor que ofrecían estas ternuras conyugales á los ojos de Dionisia, que se le entregó enamorada y á la cual juró cariño apasionado. Así, después de dirigir una palabrita dulce á Adriana, miraba furtivamente á la joven, temiendo sorprenderle en la mirada ó en el ademán una expresión demasiado acentuada de desprecio y de cólera. Las horas de las comidas le resultaban verdaderas horas de suplicio. Lo peor era que la señora de Pommeret, con la efusión de esposa amantísima que regresa al hogar tras dos meses de ausencia, no se recataba para mostrarse tierna y expansiva ante Dionisia, á la cual continuaba siempre tratando como á una chiquilla. No se limitaba á aguardar las demostraciones de su marido, sino que las provocaba gustosamente. Las amabilísimas cartas escritas por Francisco durante la temporada en Plombières, habían hecho que Adriana se forjase ilusiones; y volvió indulgentísima, acariciando grandes esperanzas para el porvenir, y manifestaba su confianza dando á Pommeret pruebas de un amor robustecido en la ausencia. Y ya era una palabra agradable cuchicheada al oído, ya un apretón de manos, ya un beso cambiado á hurtadillas. Francisco, muy á

disgusto, no se atrevía á esquivar aquellas nímias expansiones conyugales, pero las recibía con cierta contrariedad, con una reserva que asombraba á Adriana, sin amortiguar el golpe brutal asestado á Montaraz con cada una de la crueles caricias. Sentada frente á frente de los esposos, resistía con mirada hosca á aquellos desahogos, y sentía en el corazón la mordedura atroz de celos mezclados con indignación.

Un día ya no pudo contenerse. La señora de Pommeret estaba inclinada hacia su marido y, teniendo un plato de frambuesas en una mano, iba, con la otra mano, colocando los frutos uno á uno entre los labios de Francisco y haciéndose-los engullir á la fuerza. Con los dedos teñidos en el zumo rojo, rozaba la boca de su marido; se complacía en aquel juego infantil y reía alegremente, sonoramente, amorosamente. De pronto, Dionisia arrojó la servilleta sobre la mesa, se levantó con ímpetu y salió dando un portazo.

Adriana, estupefacta, soltó el plato y exclamó:

— ¡Bueno! ¿Qué mosca le ha picado?...

Quedóse contemplando con extrañeza la puerta, aún estremecida por el golpe, tras la cual acababa de desaparecer Montaraz; después dirigió una mirada interrogadora á Francisco. Éste cam-

biaba de color, se mordía los labios y tenía una expresión de inquietud que la señora de Pommeret encontró tan extraña como la brusca salida de Dionisia. Silenciosamente dobló la servilleta y dejó la mesa. Al pasar ante el cuarto de la joven, creyó oír rumor de sollozos sofocados.

— ¡Dionisia! — gritó, moviendo el picaporte. Pero Dionisia no contestó, y la puerta tenía corrido el cerrojo por dentro.

Por vez primera desde su regreso, Adriana concibió sospechas. Había algo turbio en las relaciones de Montaraz y de Francisco. Recordó ciertos detalles que, en un principio, no le llamaron la atención; evocó y relacionó incidentes que antes se le antojaron nímios y que, vistos ahora, tomaban carácter inquietante. La conversación sostenida, una tarde del otoño anterior, con Ramona Trinquesse; la fuga de Montaraz el mismo día del regreso de Plombières; los gestos de contrariedad y de cohibimiento de Francisco; algunas frases recalçadas intencionadamente por la cocinera, y, en especial, esta salida violenta de su hija adoptiva, fueron cosas que le dieron mucho que pensar. Sentíase rodeada de una atmósfera equívoca, y deseaba aclarar aquel misterio. Como sabía dominarse admirablemente y era